



El Bosque de Karadima: De la omnipotencia y el silencio de la voluntad

Cristóbal Emilfork, S.J.

Esta es una cinta que relata lógicas destructivas que posiblemente se perpetúan en muchos sectores de nuestra sociedad.

Probablemente, muy pocos chilenos podrían disponerse a ver *El Bosque de Karadima* sin saber que en los cien minutos del filme de Matías Lira se retratarán horrores, atrocidades y crímenes tremendos: aquellos que atentan gravemente contra la dignidad humana. La cinta, estrenada a fines de abril y que relata el *modus operandi* a través del cual el sacerdote Fernando Karadima tejía sus continuos abusos sexuales y de conciencia, conmociona no solo por los eventos

relatados —y hoy masivamente conocidos—, sino también porque revela cuán destructivas son las lógicas de silencio, omnipotencia, jerarquías anquilosadas y veneraciones malsanas que se siguen perpetuando en muchos sectores de nuestra sociedad.

Más allá de la historia de los sucesos que fueron configurándose desde la llegada de Tomás Leighton (personaje ficticio que reúne las experiencias de los principales acusadores de Karadima) a la iglesia Sagrado Corazón del Bosque y hasta su denuncia pública a través de una entrevista a un canal de televisión, la película resulta significativa porque revela sutilmente la lógica del abuso, aquella que permitió a Karadima controlar totalmente la vida de este muchacho (y cuán-

tos más). El relato estremece, sobre todo cuando Leighton, destrozado, es capaz de asegurar: “Yo no era nadie, no tenía voluntad propia; el padre no me arrebató la voluntad, sino que hizo que yo se la fuera entregando poco a poco”.

Un regalo “especialmente” dedicado, la malentendida complicidad, el poder y el control disfrazado de cariño y preocupación, el hacer sentirse parte de un grupo de privilegiados, una agudeza *holmesiana* para detectar necesidades de afecto y reconocimiento insatisfechas, y una serie de artilugios más, son desplegados magistralmente por un Karadima que se adentra con intenciones ocultas en los espacios más sagrados e íntimos de la vida de aquellos que acudían a él en búsqueda de ayuda.

La película sigue hundiendo sus raíces en los bajos fondos cuando se constata cómo la concepción de Iglesia, del rol del pastor e incluso los sacramentos pueden ser tan manipulados y vilipendiados por un sacerdote que, por su ministerio, estaba llamado a hacer justamente lo opuesto. Porque aquí los abusos también violaron cruentamente el mismo corazón de la Iglesia, mandatada a la acogida, a la contención y a la sanación; a ser verdadero hospital de sufrientes y necesitados. Especial mención merecen las constantes alusiones tanto del propio sacerdote como de su séquito de acólitos al supuesto conocimiento exhaustivo de Karadima de la vida de estos jóvenes: “El padre te conoce. Solo le basta con mirarte”; “Yo no me veo, pero siempre estoy”; “Desde el momento en que entraste a este lugar, yo ya sabía quién eras”. El mediador adquiere visos de omnipotencia y don de ubicuidad bajo una estructura de veneración ciega, que tolera, hace la vista gorda, simplemente niega u olvida, en un contexto en el que Chile sabía —lamentablemente— demasiado de estas acciones.

Vale la pena detenerse a reflexionar cómo estos sucesos se sucedieron por años y se mantuvieron silenciados bajo el halo del poder, el cuidado de la imagen y la negación de la realidad. Vale la pena cuestionar qué lleva a una persona a someterse de tal modo a la más absoluta heteronomía en el ejercicio de la propia voluntad. Porque aquí la lista de los encubridores también contiene un pilar sobre el cual se ha construido la sociedad chilena: el miedo; miedo al escándalo por el *qué dirán*, miedo a perder las influencias, a *lavar la ropa sucia* fuera de casa, miedo a la pérdida del status moral... miedo a la verdad.

Lamentablemente, la película no escarba en el pozo de la conciencia de Tomás. No podemos ver el drama psicológico que, sin duda, se desataba tormentoso en su interior mientras cedía espacios de su juventud y adultez, de su intimidad, de su relación de pareja y de la vida de su familia. Tampoco podemos conocer la respuesta a la duda del padre Aguirre, quien, incrédulo ante la cantidad de vejaciones que toleró Leighton, le pregunta cómo pudo salir de esa cárcel.

Quizás no hay respuestas porque son preguntas de difícil solución. Sin embargo, son preguntas que hasta hace poco ni siquiera se formulaban. Son preguntas que *El Bosque de Karadima* y la propuesta de Lira se atreve a levantar. Baste ese ejercicio para justificar verla. **MSJ**

El bosque de Karadima, Chile-Argentina, 2015 / Dirección: Matías Lira / Dirección artística: Sebastián Muñoz / Producción: Sebastián Freund / Guion: Elisa Eliash, Alicia Scherson, Álvaro Díaz / Intérpretes: Benjamín Vicuña, Luis Gnecco, Pedro Campos, Ingrid Isensee, Renato Jofré, Francisco Melo, Gloria Munchmayer, Marcial Tagle, Ricardo Alfonso Vergara, Renato Jofré, Andrés Reyes, Christian Seve / Música: Camilo Salinas / Duración: 98 minutos / Género: Drama.

Sobrevivir en la oscuridad



La película polaca *Una luz en la oscuridad* relata una conmovedora historia de solidaridad durante la ocupación nazi: la de un trabajador católico que salvó a un grupo de judíos escondiéndolos durante más de un año en la red de alcantarillado de la ciudad.

Victoria Dannemann

El Festival de Cine Europeo, en su versión número 17, presenta 43 películas de 19 países. Es una muestra amplia y, sobre todo, muy variada, que revisa distintos géneros. No todos son estrenos recientes, pero sí son interesantes novedades para el público nacional, acostumbrado a recibir muy poco del abundante y diverso mercado cinematográfico europeo.

Debido a la omnipresencia del cine en idioma inglés en las salas, se podría pensar que fuera de Estados Unidos se filma poco o nada. Pero la realidad es gratificante y sorprendente. Este festival es una buena ventana para tomarle el pulso a las producciones europeas. Y, una gran cosa, no sólo en Santiago, sino también en regiones hasta el 30 de junio en varias ciudades desde Arica a Punta Arenas. Es organizado por la Delegación de la Unión Europea, en conjunto con diversas embajadas.

Entre las producciones destacadas figura *Una luz en la oscuridad*, que postuló al Oscar como mejor película extranjera

el año 2012. La directora Agnieszka Holland (*Europa, Europa*) cuenta la historia de Leopold Socha y el grupo de judíos al que ayudó a esconderse de la persecución nazi en las alcantarillas de la ciudad polaca de Lvov (hoy perteneciente a Ucrania).

La película está basada la historia real de Leopold, hombre común y corriente, un católico y trabajador más de la ciudad, que se dedicaba a mantener y destapar el sistema de alcantarillado y que conocía cada galería y rincón de este submundo. Como otros en Alemania, Polonia, Holanda y otros países ocupados por los nazis, ya sea por casualidad o por convicción, arriesgó su vida y la de su familia por salvar la de quienes estaban en peligro.

En Israel, estos héroes anónimos reciben el reconocimiento de “Justos entre las Naciones”, una distinción que desde los años sesenta honra a personas que, no siendo de confesión judía, salvaron a víctimas de la persecución del nacionalsocialismo, antes o durante la Segunda Guerra Mundial. “Quien salva una vida, salva al Universo entero”: esta frase del Talmud, inscrita en la medalla conmemorativa, representa el espíritu de este reconocimiento que año a año suma a más justos. Leopold Socha fue uno de ellos.

ENTRE RATAS

El gueto de Lvov —o Leópolis— fue uno de los mayores de la ocupación nazi en la Polonia de entonces. Funcionó casi dos años, hasta que en junio de 1943 los soldados alemanes ingresaron y mataron a la mayoría de los habitantes, dejando solo algunos sobrevivientes para llevar a campos de concentración y de trabajo.

Un grupo de residentes que intuye el fin cava un orificio para esconderse en las alcantarillas. En su huida, los fugitivos son descubiertos por Leopold Socha y su compañero de trabajo, quienes en una de sus habituales rondas escuchan los ruidos que provienen del gueto. Socha, acostumbrado a engrosar sus ingresos con incursiones por casas de la ciudad para llevarse objetos de valor, ve la oportunidad de sacar provecho a la situación y, a cambio de una paga, ofrece esconder y no delatar a los judíos.

Con el paso de los días, se ocupa de llevarles comida, reubica a un grupo en un lugar más seguro y mantiene el secreto, incluso ante su mujer. El macabro escenario, entre la pestilencia, las ratas, el hacinamiento, el hambre, el miedo y la exposición de la intimidad, va minando la dignidad de los sobrevivientes. Allí sale a relucir lo mejor y lo peor de cada uno, mientras deben observar, tratando de conservar el silencio, cómo los cuerpos de otros con menos suerte flotan en el agua.

TRANSFORMACIÓN Y COMPROMISO

En tiempos de guerra y represión, Leopold Socha no tenía ninguna razón en particular para haber ayudado a esconderse al grupo de judíos. Todo lo contrario, incluso podría haber recibido una recompensa por denunciarlos. Sin embargo, se comprometió con ellos más allá del pago convenido, el cual al poco tiempo los fugitivos ya no pudieron cumplir.

Aunque comenzó como un simple acuerdo, fue transformándose en un compromiso más profundo. Socha asumió con ellos una responsabilidad que le impidió dejarlos a la deriva corrien-

W ciemności, Polonia-Alemania-Canadá, 2011 / Dirección: Agnieszka Holland / Intérpretes: Robert Więckiewicz, Kinga Preis, Agnieszka Grochowska, Maria Schrader, Herbert Knaup, Marcin Bosak, Benno Fürmann / Guion: David F. Shamoon / Argumento: basado en el libro de Robert Marshall *En las alcantarillas de Lvov* / Música: Antoni Komasa-Lazarkiewicz / Fotografía: Jolanta Dylewska / Duración: 145 minutos / Género: Drama.

do riesgos personales y tendiéndoles una mano más allá de lo que le pedían.

Esa transformación del protagonista es algo muy destacable en la película; es inspiradora. La miseria y la brutalidad se viven tanto sobre la superficie como bajo ella. Somos observadores de situaciones que ponen al límite las capacidades humanas, pero, al mismo tiempo, podemos rescatar algo de humanidad. El protagonista se mantiene firme con el compromiso que él mismo se impone de no dejar morir a “sus judíos”, como los llama en un momento. Se trata de algo aún más admirable en vista de que se trataba de personas que le eran completamente ajenas, desconocidas, de otra religión y sin méritos especiales por los cuales “valiera la pena” salvarlos. El simple hecho de ser seres humanos llevó a Socha a reconocer su dignidad, algo que en esos años —e incluso hoy— no resulta evidente para todos.

ANTE OJOS INOCENTES

Con un realismo sobrecogedor, la directora Agnieszka Holland recrea cada detalle y se mete en la intimidad de los personajes, sus temores, disputas y también momentos de alegría. La vida en la canalización y sus horrores se presenta sin filtro, al igual que para los dos niños del grupo, para quienes ya no hay posibilidad de vivir ajenos a la cruda realidad.

Son ojos inocentes, que cada día van descubriendo mayores atrocidades, pero que conservan también la capacidad de mirar hacia adelante. Krystyna Chiger, la niña sobreviviente, publicó hace unos años sus memorias, centradas en este episodio de su vida, en las que relata cómo lograron sobrevivir: “Te conviertes en un animal. Te mueves por instinto. Aprendí a reconocer las pisadas, si eran de un alemán o un judío”, relata en una entrevista con un medio inglés. También destaca que Leopold Socha fue para ella como un segundo padre.

Cuando se cumplen setenta años del fin de esa guerra, el cine sigue produciendo interesantes películas, en lo que se ha convertido prácticamente en un género en torno al holocausto. Como en esta cinta polaca, muchas de ellas van más allá de recordar los horrores de ese tiempo —cuyas lecciones conviene no olvidar— y abren, además, una ventana que nos asoma a historias de esperanza, solidaridad y supervivencia.

En medio de la oscuridad, Leopold Socha fue la luz que les permitió mantenerse vivos. Esta película nos muestra que en el lugar menos pensado, en medio de la inmundicia, puede surgir algo bueno cuando la solidaridad está presente. **MSJ**